

tiva. Una doble inscripción a la que se agregan las condiciones de productividad, tramadas entre los afectos, los amigos y el trabajo de enseñar, entre los compañeros de la universidad y la ardua tarea de concluir un doctorado. Algo de esto se desliza en el agradecimiento a Emilia, su hija, “que durante meses jugó a que sus Barbies trabajaban de ‘hacer la tesis’” (10); también en la cifra dedicatoria (“A Giordano, en Salta y Ovidio Lagos, a las cinco de la tarde” [7]). Una conjunción de encuentros posibilitadores de los diálogos que *Escritores de Sur* ofrece mientras invita a otra “conversación infinita”.

Analia Gerbando

Universidad Nacional del Litoral /
CONICET

María Helena Rueda. *La violencia y sus huellas, una mirada desde la narrativa colombiana*. Madrid: Iberoamericana, 2011. 198 pp.

La violencia y sus huellas, una mirada desde la narrativa colombiana ofrece una revisión inteligente, crítica y original de las narrativas colombianas que durante el último siglo se han ocupado de la violencia en este país. Rueda no sólo hace un análisis textual de los relatos que narran la violencia, sino que además explora la permeabilidad que existe entre los hechos atroces y la manera en que éstos han sido narrados. También pone en primer plano la compleja y polémica relación entre escritura, ética y violencia en Colombia. La noción de *continuum* desarrollada por Schepher-Hughes y Bour-

gois en la introducción de *Violence in War and Peace* (2004) resulta entonces de gran utilidad para la autora. Este concepto le exige abordar los actos de agresión, las circunstancias que los hacen posibles, sus derivaciones personales, sociales y políticas, y las narrativas que intentan comprenderlos y contarlos desde una perspectiva de reciprocidad y relacionalidad.

Uno de lo más grandes aciertos de *La violencia y sus huellas* es la exploración de la permeabilidad entre la realidad y sus discursos que apelan a formulaciones amplias y afirmativas de lo ético. En este sentido, Rueda sigue las reflexiones de Alain Badiou sobre estos temas. Su énfasis puesto en la comunicación y la porosidad arma el texto y le permite a Rueda indagar en la capacidad que la literatura tiene para desnaturalizar situaciones, (re)presentar diferentes perspectivas, plantear diversos cursos de acción y, en general, señalar las estructuras y circunstancias que (re)producen y exacerbaban la violencia. El libro está dividido en cinco capítulos, cada uno de los cuales se centra en un periodo y una etapa de esta indagación.

El primero de ellos, “*La Vorágine* y sus rupturas”, introduce uno de los ejes del libro: el espectro tenaz de la mitificación. En su carta a Luis Trigueros, José Eustasio Rivera expone el temor de haber agravado la situación de los caucheros con su novela, que Rueda considera la novela fundacional de la violencia colombiana. Esta aprehensión habrá de acompañar a los escritores que le siguen: ¿no se empeora la situación de violencia, despojo y desplazamiento de ciertas pobla-

ciones al hacer de sus cruentas historias objetos estéticos de consumo y disfrute? ¿Cómo no monumentalizar, erotizar o mitificar la violencia que se narra? Este carácter reflexivo y autoconsciente del texto de Rivera es para Rueda lo que diferencia *La Vorágine* de otras novelas de su tiempo, y es también el lugar en el que radica la trascendencia de su indagación ética.

En el segundo capítulo, “La Violencia: ¿Qué hay en un nombre?”, la mayúscula que Rivera usara en la primera línea de su texto se vuelve la equívoca nominación de una época específica en la historia de Colombia: los conflictos bipartidistas que azotaron el país desde la década de 1940 hasta comienzos de los años 60. Rueda resalta la ambigüedad de esa denominación y centra su capítulo en las implicaciones de usar un término tan huidizo para nombrar un periodo histórico y un conjunto de obras muy amplio y diverso. Dentro de éste, Rueda se enfoca en el trabajo de Hernando Téllez y Eduardo Caballero Calderón y propone que en sus textos hay una reflexión ética que se pregunta por el (sin)sentido mismo de la violencia y la justicia más allá de las filiaciones partidistas. De Téllez se rescata el carácter universal de su colección de relatos *Cenizas para el viento* (1950), pues en ésta se exploran situaciones límite en las que salen a la superficie conflictos éticos inherentes al ser humano. De la obra de Eduardo Caballero Calderón se recalca el giro hacia una perspectiva sociológica crítica de sí misma que se esforzó por alejarse de las concepciones moralistas y

ofrecer explicaciones alternativas de la realidad nacional.

El tercer capítulo, “Violencia, olvido y justicia en Gabriel García Márquez”, aborda el trabajo del mítico escritor colombiano en algunos de su más destacados textos periodísticos y en sus primeras novelas (*La hojarasca* [1955], *El coronel no tiene quien le escriba* [1961] y *La mala hora* [1962]). En respuesta al hastío narrativo producido por las macabras y explícitas descripciones que caracterizaron la narrativa inmediatamente anterior, García Márquez representa comunidades donde la violencia y sus efectos están por todas partes, pero que narrativamente permanecen tan elusivos y ambiguos como lo son en la mayoría de las vidas diarias de quienes los padecen. Con esto, el texto literario se constituye en un mecanismo de restitución simbólica capaz de proyectar la especificidad de una situación al ámbito universal sin restarle complejidad. La escritura de García Márquez es un punto de inflexión clave al señalar la urgencia de una exploración ética que se pregunte también por las múltiples consecuencias de la violencia en las comunidades y en la vida cotidiana de miles de personas.

El cuarto capítulo hace un paneo por la historia, la polémica y la importancia del género testimonial y analiza el trabajo de Alfredo Molano (*Los años del tropel*, 1985), Alonso Salazar Jaramillo (*No nacimos pa' semilla*, 1990), Patricia Lara (*Las mujeres en la guerra*, 2000) y Guillermo González Uribe (*Los niños de la guerra*, 2002). Rueda se centra en los vacíos y elipsis presentes en todos los textos para señalar que éstos no

responden a preocupaciones estéticas, sino a amenazas concretas a las que la voz narrativa está expuesta. Si se ocultan nombres de personas y lugares no es para crear un ambiente narrativo particular, sino para proteger a los protagonistas del relato de posibles venganzas de agentes violentos aún activos y poderosos. Esta eliminación –literaria y literal– de la identidad es representativa de la extrema vulnerabilidad de miles de personas que no son protegidas por las instituciones que se supone deberían garantizar su seguridad. Sin embargo, nombrar la violencia desde el anonimato es también una manera de convocar el poder de la palabra para, en un futuro, proteger las identidades y comunidades que en el presente enunciativo no pueden ser siquiera nombradas. El silencio en estos relatos es parte constitutiva de la enunciación de la violencia. Si ante la violencia el lenguaje y el sentido se quiebran, el esfuerzo narrativo de los hablantes es una manera de revitalizarlo, de reapropiárselo para configurar nuevos significados.

“Los varios sentidos del desarraigo”, el quinto y último capítulo, gira en torno a la pregunta por la posibilidad de una apuesta literaria ética en el marco de la tensión existente entre situaciones de violencia locales que reclaman ser contadas y la presión de un rentable mercado global sediento de cruentas y exóticas historias. Novelas como *La virgen de los sicarios* (1994) de Fernando Vallejo, *Cartas cruzadas* (1995) de Darío Jaramillo Agudelo, *Rosario tijeras* (1999) de Jorge Franco, *La multitud errante* (2002) de Laura Restrepo, y *El síndrome de Uli-*

ses (2005) de Santiago Gamboa son analizadas a la luz de los muchos desplazamientos y resignificaciones que conforman el sistema de (re)-producción y circulación de los relatos que se ocupan de la violencia hoy en día, y de la posibilidad –o imposibilidad– de un espacio ético en medio de éstos. Con frecuencia estas novelas hacen uso de una prosa que erotiza la violencia, lo que hace que situaciones específicas y altamente perturbadoras sean fácilmente traducibles a los códigos de consumo del mercado global. Sin embargo, Rueda propone la noción de una “ética ansiosa” para explicar cómo si bien estas novelas navegan exitosamente las lógicas del consumo, logran no obstante salvar su esfuerzo ético mediante el recurso a lo local.

Por todo lo anterior, *La violencia y sus huellas* es un valioso aporte a la reflexión crítica sobre la relación porosa y ambigua entre violencia, escritura y ética; una aguda exploración de la pregunta –siempre incómoda y urgente– por la responsabilidad que tenemos ante nuestra situación y ante las narrativas que le dan sentido.

Juliana Martínez
American University

Carlos Fernández y Valentino Gianuzzi. César Vallejo en Madrid en 1931: itinerario documental. Madrid: Del Centro Editores, 2012. 164 pp.

La crítica vallejana se viene configurando tradicionalmente desde dos puntos de vista complementarios: el fundado por críticos como